

ALFAGUARA

Walter Tevis

Gambito de dama

NETFLIX

UNA SERIE ORIGINAL DE NETFLIX

Narrativa Internacional | Introducción de Rafael Marín



Autor: Walter Trevis

Título: Gambito de reina

Traductor: Rafael Marín Trechera

Tapa blanda: 336 páginas

ISBN-10: 8498890799

ISBN-13: 978-8498890792

Editorial: Alamut; N.º 1 edición 2013

Idioma: Español

The Queen's Gambit Walter Tevis

UNO

Beth se enteró de la muerte de su madre por una mujer con un portapapeles. Al día siguiente, su foto apareció en el Herald-Leader. La fotografía, tomada en el porche de la casa gris en Maplewood Drive, mostraba a Beth con un sencillito vestido de algodón. Incluso entonces, ella era claramente sencilla. Una leyenda debajo de la imagen decía: "Huérfana por el choque de ayer en New Circle Road, Elizabeth Harmon contempla un futuro turbulento. Elizabeth, de ocho años, se quedó sin familia por el accidente, que mató a dos e hirió a otros. En ese momento, sola en casa, Elizabeth se enteró del accidente poco antes de que se tomara la foto. Ella estará bien cuidada, dicen las autoridades".

En la casa de Methuen en Mount Sterling, Kentucky, a Beth se le dio un tranquilizante dos veces al día. También lo eran todos los demás niños, para "igualar sus disposiciones". La disposición de Beth estaba bien, por lo que todos podían ver, pero se alegró de conseguir la pastillita. Aflojó algo en lo profundo de su estómago y la ayudó a adormecer las tensas horas en el orfanato.

El Sr. Fergusson les dio las pastillas en un vasito de papel. Junto al verde que unía la disposición, estaban los anaranjados y marrones para construir un cuerpo fuerte. Los niños tuvieron que hacer fila para atraparlos.

La chica más alta era de tez negra, Jolene. Tenía doce años. En su segundo día, Beth se paró detrás de ella en línea para las vitaminas, y Jolene se volvió para mirarla con el ceño fruncido. "¿Eres un verdadero huérfano o un bastardo?" Beth no supo qué decir. Ella estaba asustada. Estaban al final de la fila y se suponía que ella debía quedarse allí hasta

que llegaran a la ventana donde estaba el señor Fergusson. Beth había oído a su madre llamar bastardo a su padre, pero no sabía lo que significaba.

"¿Cuál es tu nombre, niña?" Preguntó Jolene. "Beth". ¿Tu madre ha muerto? ¿Qué hay de tu

papá?

Beth la miró fijamente. Las palabras "madre" y "muerto" eran insoportables. Quería correr, pero no había ningún lugar al que correr.

"Tus padres", dijo Jolene con una voz que no era indiferente, "¿están muertos?"

Beth no pudo encontrar nada que decir o hacer. Se quedó en la fila aterrorizada, esperando las pastillas.

"¡Todos ustedes son unos chupapolas codiciosos!" Fue Ralph en el pabellón de chicos quien gritó eso. Lo escuchó porque estaba en la biblioteca y tenía una ventana que daba a la de Boys. No tenía una imagen mental de "chupapolas" y la palabra era extraña. Pero sabía por el sonido que le lavarían la boca con jabón. Se lo habían hecho a él a por

"maldición", y mamá había dicho "maldición" todo el tiempo.

El barbero la hizo sentarse absolutamente quieta en la silla. "Si te mueves, podrías perder una oreja". No había nada jovial en su voz. Beth se sentó tan silenciosamente como pudo, pero era imposible quedarse completamente quieta.

Le tomó mucho tiempo cortarle el pelo con el flequillo que todos le evaban. Trató de mantenerse ocupada pensando en esa palabra, "chupapolas". Todo lo que podía imaginar era un pájaro, como un pájaro carpintero. Pero ella sintió que eso estaba mal.

El conserje estaba más gordo de un lado que del otro. Su nombre era Shaibel. Sr.

Shaibel. Un día la enviaron al sótano para limpiar los borradores de la pizarra golpeándolos juntos, y lo encontró sentado en un taburete de metal cerca de la caldera con el ceño fruncido sobre un tablero de ajedrez verde y blanco frente a él. Pero donde deberían estar las damas, había pequeñas cosas de plástico con formas divertidas. Algunos eran más grandes que otros. Había más pequeños que cualquiera de los demás. El conserje la miró. Ella se fue en silencio.

El viernes, todo el mundo comía pescado, católico o no. Venía en cuadritos, empanizados con una corteza seca, marrón oscura y cubierta con una naranja espesa.

salsa, como aderezo francés embotellado. La salsa era dulce y terrible, pero el pescado debajo era peor. El sabor casi la amordazó. Pero tenías que comer cada bocado, o la Sra.

Deardorff se enteraría de ti y no serías adoptado.

Algunos niños fueron adoptados de inmediato. Una niña de seis años llamada Alice había llegado un mes después de Beth y fue acogida en tres semanas por unas personas agradables con acento. Caminaron por la sala el día que vinieron por Alice. Beth había querido abrazarlos porque le parecían felices, pero se dio la vuelta cuando la miraron.

Otros niños llevaban allí mucho tiempo y sabían que nunca se irían. Se llamaban a sí mismos "vitalicios". Beth se preguntó si sería vitalicia.

El gimnasio era malo y el voleibol era lo peor. Beth nunca pudo golpear bien la pelota. Lo abofeteaba con fiereza o lo empujaba con los dedos rígidos. Una vez se lastimó tanto el dedo que después se le hinchó. La mayoría de las niñas se reían y gritaban cuando jugaban, pero Beth nunca lo hacía.

Jolene fue la mejor jugadora con diferencia. No era solo que fuera mayor y más alta; siempre sabía exactamente qué hacer, y cuando la pelota pasaba por encima de la red, podía colocarse debajo de ella sin tener que gritar a los demás que se mantuvieran fuera de su camino, y luego saltar y clavarla con un largo, movimiento suave de su brazo. El equipo que tenía a Jolene siempre ganaba.

La semana después de que Beth se lastimó el dedo, Jolene la detuvo cuando terminó el gimnasio y los demás regresaban apresuradamente a las duchas. "Déjame mostrarte algo", dijo Jolene. Levantó las manos con los dedos largos abiertos y ligeramente flexionados. "Lo haces así". Dobló los codos y levantó las manos suavemente, ahuecando una bola imaginaria. "Intentalo."

Beth lo intentó, torpemente al principio. Jolene se la mostró de nuevo, riendo. Beth lo intentó unas cuantas veces más y lo hizo mejor. Entonces Jolene tomó la pelota e hizo que Beth la atrapara con la punta de los dedos. Después de unas cuantas veces se volvió fácil.

"Trabajas en eso ahora, ¿oyes?" Jolene dijo y corrió a la ducha.

Beth trabajó en ello durante la semana siguiente, y después de eso no le importó nada el voleibol. No se volvió buena en eso, pero ya no era algo a lo que tuviera miedo.

Todos los martes, la señorita Graham enviaba a Beth después de Aritmética para hacer los borradores. Se consideraba un privilegio, y Beth era la mejor alumna de la clase, aunque era la más joven. No le gustaba el sótano. Olía a moho y le tenía miedo al señor

Shaibel. Pero él quería saber más sobre el juego que jugaba él solo en ese tablero.

Un día él se acercó y se paró cerca de él, esperando que moviera una pieza. El que estaba tocando era el que tenía la cabeza de un caballo sobre un pequeño pedestal. Después de un segundo, él la miró con el ceño fruncido de irritación. "¿Qué quieres, niña?" él dijo.

Normalmente huía de cualquier encuentro humano, especialmente con adultos, pero esta vez no retrocedió. "¿Cómo se llama ese juego?" ella preguntó.

Él la miró fijamente. "Deberías estar arriba con los demás".

Ella lo miró tranquilamente; algo sobre este hombre y la firmeza con la que jugaba su misterioso juego la ayudó a aferrarse con fuerza a lo que quería. "No quiero estar con los demás", dijo. "Quiero saber a qué juego estás jugando".

La miró más de cerca. Luego se encogió de hombros. "Se llama ajedrez". ***

Una bombil a desnuda colgaba de un cordón negro entre el Sr. Shaibel y el horno. Beth tuvo cuidado de no dejar

caer la sombra de su cabeza sobre el tablero. Era domingo por la mañana. Estaban en la capilla en el piso de arriba de la biblioteca, y él había levantado la mano pidiendo permiso para ir al baño y luego bajar aquí. Había estado de pie, mirando al conserje jugar al ajedrez, durante diez minutos. Ninguno de los dos había hablado, pero pareció aceptar su presencia.

Miraba las piezas durante minutos, inmóvil, mirándolas como si las odiara, y luego estiraba la mano sobre su vientre, tomaba una por la parte superior con la punta de los dedos, la sostenía por un momento como si estuviera sosteniendo un ratón muerto por la cola y colóquelo en otro cuadrado. No miró a Beth.

Beth se quedó con la sombra negra de su cabeza en el piso de concreto a sus pies y miró la tabla, sin apartar la vista de ella, observando cada

movimiento.

Había aprendido a guardar sus tranquilizantes hasta la noche. Eso la ayudó a dormir. Se metía la pastil a oblonga en la boca cuando el señor Fergussen se la pasaba, se la metía bajo la lengua, tomaba un sorbo del zumo de naranja enlatado que venía con la pastil a, lo tragaba y luego, cuando el señor Fergussen pasaba a el próximo niño, quítele la pastil a de la boca y póngala en el bolsillo de su blusa middy. La píldora tenía una capa dura y no se ablandó durante el tiempo que estuvo debajo de su lengua.

Durante los dos primeros meses había dormido muy poco. Trató de hacerlo, inmóvil con

los ojos cerrados con fuerza. Pero escuchaba a las chicas de las otras camas toser, darse la vuelta o murmurar, o un asistente de noche caminaba por el pasillo o y la sombra cruzaba su cama y el a lo veía, incluso con los ojos cerrados. Un teléfono distante sonaba o el inodoro tiraba de la cadena. Pero lo peor de todo fue cuando escuchó voces hablando en el escritorio al final del pasillo. No importa cuán suavemente el ordenanza le hablara al asistente nocturno, no importa cuán agradablemente, Beth inmediatamente se sintió tensa y completamente despierta. Su estómago se contrajo, sintió el sabor del vinagre en la boca; y el sueño estaría fuera de discusión para esa noche.

Ahora se acurrucaría en la cama, permitiéndose sentir la tensión en su estómago con un escalofrío, sabiendo que pronto la dejaría. Ella esperó allí en la oscuridad, sola, monitoreándose a sí misma, esperando que la confusión en ella alcanzara su punto máximo. Luego se tragó las dos píldoras y se recostó hasta que la tranquilidad comenzó a extenderse por su cuerpo como las olas de un mar cálido.

"¿Me enseñarás?"

El Sr. Shaibel no dijo nada, ni siquiera registró la pregunta con un movimiento de cabeza. Voces distantes desde arriba cantaban "Bringing in the Sheaves".

Esperó varios minutos. Su voz casi se rompe con el esfuerzo de sus palabras, pero las empujó de todos modos: "Quiero aprender a jugar al ajedrez".

El Sr. Shaibel extendió una mano gruesa hacia una de las piezas negras más grandes, la tomó hábilmente por la cabeza y la colocó en un cuadrado al otro lado del tablero. Retrocedió la mano y cruzó los brazos sobre el pecho. Seguía sin mirar a Beth. "No hago de extraños".

La voz plana tuvo el efecto de una bofetada en la cara. Beth se volvió y se fue, subiendo las escaleras con el mal sabor de boca.

"No soy un extraño", le dijo dos días después. "Yo vivo aquí." Detrás de su cabeza, una pequeña polilla rodeaba la bombil a desnuda y su pálida sombra cruzaba el tablero a intervalos regulares. "Puedes enseñarme. Ya sé algo de eso, por verlo".

"Las chicas no juegan al ajedrez". La voz del Sr. Shaibel era plana.

Se armó de valor y dio un paso más cerca, señalando, pero sin tocar, una de las piezas cilíndricas que ya había etiquetado como un cañón en su imaginación. "Este se mueve hacia arriba y hacia abajo o hacia adelante y hacia atrás. Hasta el final, si hay espacio para mudarse".

El Sr. Shaibel guardó silencio durante un rato. Luego señaló al que tenía lo que parecía un limón cortado en la parte superior. "¿Y éste?"

Su corazón dio un vuelco. "En las diagonales". ***

Puede ahorrar pastillas tomando solo una por la noche y guardándose la otra. Beth puso los extras en su portacepillos de dientes, donde nadie miraría nunca. Solo tenía que asegurarse de secar el cepillo de dientes tanto como pudiera con una toalla de papel después de usarlo, o de lo contrario no usarlo en absoluto y frotarse los dientes con un dedo.

Esa noche por primera vez tomó tres pastillas, una tras otra. Pequeños pinchazos recorrieron los pelos de la nuca; había descubierto algo importante. Dejó que el resplandor se extendiera por toda ella, acostada en su catre con su pijama

azul descolorido en el peor lugar del Pabellón de Niñas, cerca de la puerta del pasillo y frente al baño. Algo en su vida se solucionó: sabía de las piezas de ajedrez y cómo se movían y capturaban, y supo hacerse sentir bien en el estómago y en las articulaciones tensas de brazos y piernas, con las pastillas que le daba el orfanato. .

"Está bien, niña", dijo el Sr. Shaibel. "Ahora podemos jugar al ajedrez. Juego con blancas

". Ella tenía los borradores. Fue después de la aritmética y la geografía en diez minutos. "No tengo mucho tiempo", dijo. Había aprendido todos los movimientos el domingo pasado, durante la hora que la capilla le permitió estar en el sótano. Nadie la extrañó en la capilla, siempre y cuando se registrara, debido al grupo de chicas que venían de Children's, al otro lado de la ciudad. Pero la geografía era diferente. Estaba aterrorizada por el Sr. Schell, a pesar de que estaba entre los primeros de la clase.

La voz del conserje era plana. "Ahora o nunca", dijo.

"Tengo Geografía ..."

"Ahora o nunca".

Ella pensó solo un segundo antes de decidir. Ella había visto una leche vieja caja detrás del horno. Lo arrastró hasta el otro extremo del tablero, se sentó y dijo:

"Muévete".

Él la golpeó con lo que ella aprendería más tarde que se llamaba Mate del erudito, después de cuatro movimientos. Fue rápido, pero no lo suficientemente rápido como para evitar que llegara quince minutos tarde a Geografía. Dijo que había estado en el baño.

El Sr. Schell estaba de pie junto al escritorio con las manos en las caderas. Inspeccionó la clase. "¿Alguna de ustedes, señoritas, ha visto a esta jovencita en casa de damas?"

Hubo risitas moderadas. No se levantó ninguna mano, ni siquiera la de Jolene, aunque Beth le había mentido dos veces.

"¿Y cuántas de ustedes, damas, estaban en el salón de damas antes de la clase?"

Hubo más risitas y tres manos.

"¿Y alguno de ustedes vio a Beth allí? Lavándose sus bonitas manitas

¿quizás?"

No hubo respuesta. El Sr. Schell se volvió hacia el tablero, donde había estado enumerando las exportaciones de Argentina, y agregó la palabra "plata". Por un momento, Beth pensó que había terminado. Pero luego habló, de espaldas a la clase. "Cinco deméritos", dijo.

Con diez deméritos te azotaron en el trasero con una correa de cuero. Beth había sentido esa correa solo en su imaginación, pero su imaginación se expandió por un momento con una visión de dolor como fuego en las partes blandas de sí misma. Ella puso una mano en su corazón, sintiendo en el fondo del pecho

bolsillo de su blusa para la píldora de esa mañana. El miedo se redujo perceptiblemente. Visualizó su portacepillos de dientes, el largo recipiente de plástico rectangular; ahora tenía cuatro pastillas más, en el cajón del pequeño pedestal de metal junto a su catre.

Esa noche se acostó boca arriba en la cama. Todavía no había tomado la píldora en su mano. Escuchó los ruidos nocturnos y notó cómo parecían hacerse más fuertes a medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Al final del pasillo, el Sr. Byrne comenzó a hablar con la Sra. Holland, en el escritorio. El cuerpo de Beth se puso tenso ante el sonido. Parpadeó y miró hacia el techo oscuro y se obligó a ver el tablero de ajedrez con sus cuadrados verdes y blancos. Luego puso las piezas en sus casillas de origen: torre, caballo, alfil, reina, rey y la fila de peones frente a ellos. Luego movió el peón de rey blanco a la cuarta fila. Empujó a Black hacia arriba. ¡Ella podría hacer esto! Fue sencillo. Continuó, comenzando a repetir el juego que había perdido.

Ella llevó al caballero del Sr. Shaibel a la tercera fila. Estaba allí claramente en su mente en la pizarra verde y blanca en el techo de la sala.

Los ruidos ya se habían desvanecido en un fondo armonioso y blanco. Beth yacía feliz en la cama, jugando al ajedrez.

El domingo siguiente bloqueó a la compañera del erudito con el caballero de su rey. Había repasado el juego en su mente cientos de veces, hasta que la ira y la humillación fueron purgadas, dejando las piezas y el tablero despejados en su visión nocturna. Cuando vino a interpretar al Sr. Shaibel el domingo, todo estaba arreglado y movió al caballero como en un sueño. Le encantaba la sensación de la pieza, la cabeza de caballo en miniatura en la mano. Cuando dejó al caballero en la plaza, el conserje frunció el ceño. Tomó a su reina por la cabeza y comprobó con ella al

rey de Beth. Pero Beth también estaba preparada para eso; lo había visto en la cama la noche anterior.

Le tomó catorce movimientos atrapar a su reina. Ella trató de seguir jugando, sin reina, para ignorar la pérdida mortal, pero él extendió la mano y le impidió tocar el peón que estaba a punto de mover. "Renuncia ahora", dijo. Su voz era áspera.

"¿Renunciar?"

"Eso es, niña. Cuando pierdes a la reina de esa manera, renuncias".

Ella lo miró fijamente, sin comprender. Él soltó su mano, tomó su rey negro y lo puso de lado sobre el tablero. Rodó de un lado a otro por un momento y luego se quedó quieto.

"No", dijo el a.

"Si. Has renunciado al juego".

Quería golpearlo con algo. "No me dijiste eso en las reglas".

"No es una regla. Es deportividad".

Ahora sabía lo que quería decir, pero no le gustó. "Quiero terminar"

, dijo. Cogió al rey y lo volvió a colocar en su cuadrado. "No."

"Tienes que terminar", dijo.

Arqueó las cejas y se levantó. Ella nunca lo había visto parado en el sótano, solo en los pasillos cuando estaba barriendo o en las aulas cuando lavaba las pizarras. Tuvo